

El "continente negro" y sus enigmas

* Raquel Zak de Goldstein (APA)

Tu, que consolas, que ñao existes e por isso consolas,
Ou deusa grega, concebida como estátua que fosse viva,
Ou patricia romana, impossivelmente nobre e nefasta,
Ou princesa de trovadores, gentilíssima e colorida,
Ou marquesa de século dezoito, decota e longínqua,
Ou cocote célebre do tempo dos nossos pais... **

Fernando Pessoa, "Tabaquería"

Car Je est un autre.

Arthur Rimbaud

No nos une el amor sino el espanto.
Será por eso que la quiero tanto.

Jorge Luis Borges, "Buenos Aires"

"El matrimonio mismo no está asegurado hasta que la mujer haya conseguido *hacer de su marido también su hijo y actuar [agieren] la madre respecto de él. La identificación-madre de la mujer* permite discernir dos estratos: el preedípico, que consiste en la ligazón tierna con la madre y *la toma por arquetipo*, y el posterior, derivado del complejo de Edipo, que quiere eliminar a la madre y sustituirla junto al padre [...] Empero, *la fase de la ligazón preedípica tierna es la decisiva para el futuro de la mujer; en ella se prepara la adquisición*

* Dirección: Mcal. Ramón Castilla 2943, (1425) Capital Federal, R. Argentina.

** "Tú, que me consuelas, que no existes y por eso consuelas, / Diosa griega, concebida como estatua que fuese viva, / Patricia romana, imposiblemente noble y nefasta, / Princesa de trovadores, gentilísima y colorida, / Marquesa del siglo dieciocho, escotada y distante, / Cocotte célebre del tiempo de nuestros padres..." Fernando Pessoa, *Poemas*, Fabril Editora, Buenos Aires, 1972. Versión castellana de Rodolfo Alonso.

de aquellas cualidades con las que luego cumplirá su papel en la **función sexual** y costeará sus **inapreciables rendimientos sociales**. En esa identificación conquista también su atracción sobre el varón, **atizando hasta el enamoramiento la ligazón-madre edípica de él**. [...Una] impresión que se recibe una y otra vez en la actividad analítica [es que un] hombre que ronde la treintena nos aparece como un individuo joven, más bien inmaduro, del cual esperamos que aproveche abundantemente las posibilidades de desarrollo que le abre el análisis. Pero una mujer en la misma época de la vida nos *atterra* a menudo por su *rigidez psíquica y su inmutabilidad*. [...] es como si el difícil desarrollo hacia la femineidad hubiera agotado las posibilidades de la persona. [...] Pero no olviden que hemos descrito a la mujer sólo en la medida en que *su ser está comandado por su función sexual*. Este influjo es sin duda muy vasto, pero no perdamos de vista que *la mujer individual ha de ser además un ser humano*. [...] Inquieran a sus propias experiencias de vida, o diríjase a los poetas, o aguarden hasta que la ciencia pueda darles una información más profunda y mejor entramada."

Freud (1933 *)

La sexualidad femenina, desde la época de Freud, ha suscitado no pocas polémicas. Estas giraron en especial en torno a ciertos temas, de los cuales, algunos parecen encontrar respuesta en la clínica analítica; otros, en cambio, deben situarse más allá de este tipo tan particular de observación, ya que incluso esa experiencia se vuelve en sí imprecisa, como Freud mismo lo destacó. Algunas de sus conocidas metáforas —como la del "continente negro"— han contribuido a oscurecer más aun el tema de la femineidad, y la pregunta clave —"¿qué desea una mujer?"— fue a priori difícil o casi imposible de contestar. Tal vez la presencia inconsciente de un prejuicio, que él trató de esquivar repetidas veces, fue decisiva en la construcción freudiana del edificio teórico respecto de la psicología de la mujer y dificultó una revisión más amplia.

Veamos esa temática. Un primer punto, ya muy debatido, se refiere a la teoría de la existencia de una fase fálica que era considerada común a ambos sexos y, por consiguiente, central en el desarrollo de la psicosexualidad. La equiparación del clítoris con un pene pequeño... "que eventualmente podría crecer" o que... "ya ha sido cortado" —si bien observable en la fantasmática de las mujeres en análisis— se evidenció posteriormente como pantalla defensiva. Derivados de aquella equiparación, el *Penisneid* y el complejo de castración femenino freu-

* Páginas 124 y 125. Las bastardillas y las negritas son mías (R. G.).

diano pierden su anterior preponderancia, como también la discutida idea de los "dos orgasmos femeninos", clitorideo y vaginal.

Otra concepción clásica —no por ello irrefutable— es la del "sometimiento e integración" de las pulsiones parciales en una primacía genital preordenada a la función de reproducción. Esta formulación nos enfrenta con el riesgo de subordinar la sexualidad femenina a una maternidad predominantemente biologizada, lo que desdibuja la problemática del deseo en la mujer.

Considero, en el *nivel clínico*, que el análisis de niñas pequeñas ha demostrado irrefutablemente el conocimiento precoz de la existencia de la vagina, tanto en la niña como en el varón, y también la presencia de percepciones vaginales en la niña, las que posteriormente sucumbirán —o no— a la represión (Aberastury, 1970, p. 15; y otros autores). En esto concuerdan una mayoría de autores tales como M. Klein (1932), P. Greenacre (1953) y otros.

A *nivel teórico*, pienso —con Janine Chasseguet-Smirgel (1975)— que la "teoría del monismo sexual fálico" no alcanza para dar cuenta de muchos puntos todavía oscuros.

Respecto de la problemática femenina, considero que es un paso decisivo estudiar las características y consecuencias de la particular relación de *continuidad e intimidad y cercanía* observable en la fase preedípica entre la niña y la madre, de lo que también Freud se percató. A mi entender, este ligamen no da lugar a que se establezca —tan ampliamente como en el varón—, en el ingreso a la posición depresiva, una distancia adecuada entre ellas.

Debemos preguntarnos qué efectos tiene esto sobre todos los mecanismos y la economía psíquica de la mujer.

Ya fue motivo de discusión "la esencia masculina de la libido", lo que derivaba en la confusión masculino-activo, sobre la que Freud nos había alertado; sin embargo se hace difícil aún no homologar femenino a pasivo, y comprender que la mujer "evoca" en el hombre no sólo la "feminidad rechazada", sino las huellas múltiples del corte en la experiencia erótica arcaica —común a ambos y previa a cualquier carácter activo o pasivo—, corte que lo apartó de la carnalidad muy precozmente, para ser masculino.

La mujer es —sobre todo por eso— un objeto fascinante y enigmático, porque aproxima al hombre a aquello que fue "lo más familiar" y se transformó, luego del corte, en "lo siniestro". *Unheimlich* (Freud, 1919). A esto contribuye además la imagen de la cloaca, la que, tributaria de estos fenómenos, se constituye en el cuerpo imaginario de la mujer y transforma su interior y sus genitales en un "agujero negro". Esta compleja fastasmática es el origen —a la luz de nuestra comprensión actual— de la represión del conocimiento de la vagina. La

mujer, su mundo interno y su sexualidad adquieren, a partir de entonces, ese universalizado carácter extraño, fascinante y terrible.

Guiada por el hilo conductor surgido de uno de los grandes interrogantes que nos legó Freud —¿por qué es enigmática la mujer?—, procuraré poner a la luz los contenidos latentes involucrados en la idea —masculina— sobre “lo femenino” y observar algunos de los posibles efectos de esos contenidos sobre la economía psíquica de ambos sexos y sobre la vida amorosa.

Por mi parte, creo que nuestra óptica sobre la sexualidad femenina se enriquece si partimos de la consideración del *dilema* que parece ser la mujer para el hombre. Pasaré a desarrollar algunas de estas ideas, centrada en la investigación teórica, y partiendo de las diferencias que hay entre los procesos tempranos de sexuación de la niña y el varón.

La distancia adecuada

Los indios mandanes de América del Norte repiten un consejo antiquísimo: “Sería preferible que fuérais más allá del río, y construyérais vuestra propia aldea allí donde no podáis ver el humo de nuestras casas [...] De este modo estaremos lo bastante cerca para ser amigos y no tan lejos para ser enemigos.” (Levi-Strauss, 1958, p. 299).

Sabemos que sólo si se establece una distancia adecuada entre las partes es posible la salida, desde el “amor perfecto” de la fusión simbiótica del narcisismo inicial, hacia la individuación y la relación de objeto, y que se necesita la presencia de un espacio para la aparición del germen de identidad y el reconocimiento de los otros.

El niño —“osito de peluche” del placer de los padres— ingresa prematuro en el “estadio del espejo” (estudiado por H. Wallon [1931] y descrito como “estadio” por Jacques Lacan [1936]). Incompleto e inacabado, incapaz de dominar sus gestos y de sobrevivir, es, sin embargo, capaz de reconocerse a sí mismo en un espejo. Puede volverse y contemplar a otra persona y percibe la separación. “Descubrió” la alteridad y “se conmueve” ante esta situación en la cual deberá vivir. El juego será su clave, y el deseo, su motor.

Resulta paradójico (y decisivo, por sus, a mi entender, efectos determinantes en el carácter siniestro y enigmático de la mujer) que la primera noción de identidad del *infans* —lo más propio— venga de afuera; de esa imagen especular captada visualmente, y de alguien “ajeno”, la madre que lo mira. En este momento estructural, entre los seis y dieciocho meses, los datos propioceptivos dispersos e incoordinados, a causa de la prematuración específica del nacimiento del hombre (Bolk, 1926), llegan a su unificación en una imagen de sí. Pero esto

tiene su precio: una "hemorragia" de libido narcisista acompaña ilusoriamente* la desaparición —en el corte— de ese alguien "ajeno propio", que adquiere allí las características del "alter ego", un muerto vivo, el doble. Como dijo un analizando, luego de concurrir a la representación de la ópera "El buque fantasma" de R. Wagner: duele como el "miembro fantasma" de los amputados. Sensación siniestra de *sentir algo que no está*. Podemos deducir, además, en esta experiencia especular del *infans*, algunas consecuencias que, creo, resultan decisivas en el proceso de sexuación, ya en ese estadio.

El infans ha recibido —en ese estadio y a través de la mirada de la madre— instrucciones precisas sobre "quién es" y "cómo debe ser" para ser amado y reconocido. Es posible pensar que (ya en ese estadio) se gestan las bases de la imagen de sí, con una identidad de niña y otra de varón. La identificación narcisista, núcleo de la identidad, proviene de este juego de miradas de la fase del espejo; lo que predomina antes es la fantasía del cuerpo "despedazado" (experiencia que corroboran la psicología infantil y la psicología comparada). Paralelamente, la libido localizada en zonas erógenas "dibuja" en el *infans* un cuerpo habitado por deseos locales. Este conjunto de zonas y pulsiones parciales es, también, gradualmente unificado en una superficie con piel, que constituye lo que consideramos el cuerpo erógeno primitivo.

Del cuerpo fragmentado se pasa a un sentimiento de unidad y —en mi opinión— con atribución sexual.

Cuando Freud se encuentra con los reclamos airados de hombres y mujeres, al comienzo y sobre todo al final del análisis, se pregunta sorprendido: *¿qué piden?*, y termina pensando que es una cuestión de la biología, del "lecho de roca". Pienso que, en realidad, se enfrentaba con los efectos de la experiencia carnal de mutilación que produjo el corte, por la interrupción de la fusión; una marca indeleble acompañada de angustia y de un sentimiento de falta de "algo", algo que se anhela y se teme, y que desde entonces se constituye en motor del deseo. Sólo en ese momento, cuando aparecen los rudimentos de reconocimiento de no-yo, junto al odio y la agresividad, se inicia la experiencia del destete. La madre se alejó físicamente y "falló" en la satisfacción ilusional previa —en el sentido de Winnicott— al interrumpir un instante, el circuito pulsional y la comunicación.

El deseo infantil, accionado a partir de entonces, *buscará* ese "algo" en "ese detalle particular" (el cual parece ser el precursor del fetiche) de la figura familiar amada "perdida". El niño busca ese detalle en una mirada, en un olor, en un rasgo, en lo que sea *capaz de mover la evocación y de desencadenar la gratificación alucinatoria*.

* Utilizamos el término "ilusoriamente" en su sentido freudiano, en tanto relación con el deseo y no con la realidad (Freud, 1927, p. 7).

“Eso” perdido es a lo que Jacques Lacan (1962-3) llamó objeto *a*, dentro de una tónica del deseo. El objeto transicional de Winnicott —como objeto de fabricación humana— es su “soporte” inicial.

Este “objeto” está en relación con separación y con corte; se ubica en el cuerpo: en un orificio, en un lugar de paso entre el exterior y el interior. Su reaparición directa va acompañada de vivencias angustiosas debido a su origen en “lo más familiar y perdido” (Freud, 1919). Nos coloca ante “lo siniestro”, con su mezcla de repugnancia y fascinación tanática. Perteneciendo a lo siniestro de la experiencia de separación de la madre —equiparada a una mutilación del cuerpo propio—, el objeto *a* parece un concepto apropiado para explicar el proceso que origina, previa fetichización, al señuelo.

Tratándose del objeto-resto, de una experiencia con la pulsión de muerte, en los dominios del masoquismo erótico primitivo (Freud, 1924), pareciera —por su origen— inasimilable e inimaginable.

No se lo puede dotar de imagen ni integrar. Estas características coinciden con las del objeto *a*, y a la vez parecen establecer claras diferencias con el objeto parcial kleiniano. Es causa del deseo, no objeto del deseo.

En Freud equivale a lo no representable. Siendo sostén inicial de la libido, este objeto es, al mismo tiempo, reserva última e irreductible porque linda con la libido narcisista lo que, a mi entender, hizo que Freud (1937) apelara —a falta de un concepto adecuado— a la metáfora del “lecho de roca”. Esta parece ser otra evidencia de su doble carácter: Eros y Tánatos están colindantes en este pequeño “objeto”, imposible de ubicar —por otra parte— en alguna de las categorías objetales referenciales conocidas.

Ante el incremento de angustia, el *infans* busca y “rescata” del entorno —“encuentra” dice Winnicott— “un algo” con el cual entabla una relación. El, como sujeto, encuentra un soporte en el objeto, y se reconforta “en él”. Este trozo de algo familiar de su entorno es vehículo primitivo, en cierto modo, de algo de su identidad corporal, si bien para el bebé no hay aún un cuerpo como tal. En estos instantes decisivos en que se ponen en acción los recursos de dominio de la angustia y de la persecución, si no predomina la injuria narcisista, se inician la catexis y el amor de objeto: *la futura relación de objeto surgirá en medio del juego con este objeto a, y lo siniestro que rodea el desgarramiento de su aparición inicial, objeto mediado por “ese trozo de algo familiar”*: el objeto transicional y sus herederos. La relación entre el objeto transicional y el objeto *a* se muestra como el anverso y reverso de la experiencia de mutilación. Aquél implica Tánatos; éste, Eros. Porque este objeto manipulable une, en un rudimento de relación, y ahuyenta la angustia que rodea a “ese pequeño objeto” cargado de la omnipotencia tanática que rodeó su origen.

Este proceso primitivo puede ser correlativamente sexuante, porque difiere netamente en cada sexo: a mi entender, la madre ni mira ni manipulea de la misma forma a la nena y al varón; en su mirada resume expectativas y deseos que ordenan y definen el perfil sexual de cada uno. El varón es muy precozmente *apartado* por la madre de la proximidad con su cuerpo y con su deseo. La niña, en cambio, permanece *retenida* dentro de esa proximidad, lo que la sumerge, como consecuencia, en los riesgos de la identidad-de-dos con la madre. El circuito materno, indispensable para su identificación femenina, va a ser su "mundo" por mucho tiempo. Hasta la menarca, funcionará en un "ensueño" defensivo —el de los clásicos cuentos de hadas (Zak de Goldstein, 1973): "ausente" el padre y "muerta" la madre buena, debe convivir con la madre fálica, encarnada en la imagen de la bruja. Su desligamiento, tardío, se concreta en el corte de la maternidad; impregnado —como lo evidencian en la clínica las angustias puerperales y la psicosis puerperal— de la misma cualidad persecutoria siniestra que enfrenta al hombre con la imago primitiva.

La sexuación en el varón y la niña

Rescatando el psicoanálisis aplicado, encontramos que Freud, en *Moisés y el monoteísmo* (1939, p. 110), hablando del relevo del matriarcado, escribe:

"[...] *esta vuelta de la madre al padre define además un triunfo de la espiritualidad sobre la sensualidad*, o sea, un progreso de la cultura, pues la maternidad es demostrada por el testimonio de los sentidos, mientras que la paternidad es un supuesto edificado sobre un razonamiento y sobre una premisa. La toma de partido que *eleva el proceso de pensar por encima de la percepción sensible* * se acredita como un paso grávido en consecuencias."

¿"Eleva el proceso de pensar"...? Efectivamente, creo que es un paso grávido en consecuencias —por su incidencia inconsciente en la constitución de un baluarte ideológico—, debido a la pérdida que le representa al varón el alejamiento del conocimiento del cuerpo carnal, de la sensualidad y de la percepción por los sentidos: "lo propio de las mujeres". Todo eso es sustituido —entre los hombres— por una *elevación espiritual* y por las palabras abstractas que los vinculan a la universalidad y que transmiten la autoridad. Se los enajena así de la percepción sensorial —continuo proyectivo-introyectivo imaginario—, que

* La bastardilla es mía.

actúa inicialmente tanto en el varón como en la niña, ya que es la modalidad de comunicación propia de la fusión simbiótica primitiva.

La niña debe permanecer en la "ligazón-madre" —en su aspecto tierno— para adquirir su identificación femenina, y si conserva mucho de esa modalidad primitiva, esto imprime particularidades al vínculo femenino y causa correlativamente mayores complicaciones en los avatares del complejo de Edipo —en ambos aspectos— y, definitivamente, en el proceso de la adquisición de su autonomía femenina. Está absorta en los conflictos de la ambivalencia y en la excesiva cercanía con la figura primitiva, pero también los procesos de la identificación femenina la mantienen ocupada —desde muy pequeña— con su cuerpo, su integridad y sus posesiones en general. Está retenida y debe restringir su impulso centrífugo y circunscribir su juegos; es criada en (y para) el universo *concéntrico* del cuerpo carnal (Grunberger, 1964) de la maternidad y el núcleo familiar. (En el campo de la identidad femenina realizaron significativas investigaciones: H. Blum [1977]; R. Stoller [1977]; E. Galenson [1977]; Roiphe [1977].) Por otra parte, al adquirir necesariamente la deseabilidad —propia del pecho nutricional y de la madre que inauguró el erotismo— para la función de "señuelo sexual" para el hombre, es una imagen que —más que hablar con los otros— "habla" primordialmente a la erogenidad y al deseo. También recibe a distancia instrucciones sexuales del padre. A diferencia del varón —que "tiene" a la madre de su parte desde el comienzo, y necesita "escapar" de ella y discriminarse—, la niña debe "inventar" recursos para atraer la mirada y el amor del padre, y "merecerlo". El padre real, en segundo plano, "lejano", obliga a la niña a aprender las artes de la lucha entre mujeres para sortear la presencia persecutoria materna y acercarlo a ella.

Aprende a ser deseable para él. Es "una mujercita en miniatura", pero debe disimularlo, ante la cercanía de esa figura predominante, de esa figura persecutoria. "Aprende" además a tolerar que su cuerpo propio, en lo carnal, será atravesado realmente en la menarca, la desfloración y la maternidad. Y esta angustia tan particular y específica del primer tiempo de la evolución de la joven, también influye, ya que aún no tendrá pruebas de su integridad sexual ni de su eficiencia real; debe esperar. También está impedida de desarrollar hostilidad. Las fantasías tempranas se complican; no puede separarse ni reconocer el carácter relativo del poder materno. Todo esto nos lleva a considerar —de acuerdo con W. Baranger y otros (1964)— que la problemática de la niña, vista desde esta perspectiva, se traduce en una fantasmática que conduce al surgimiento de una fase hipocondríaca "normal" en la evolución de la mujer. Se explican más satisfactoriamente, a partir de esta formulación, una serie de fenómenos y angustias confusionales

referidas al cuerpo de la mujer y a la fantasía de la presencia de un quiste o cloaca en su zona genital.

El varón (que salió muy precozmente del vínculo materno primitivo, llevado por la necesidad de establecer su identidad masculina) dispone más ampliamente de su impulso a la acción y a la exploración centrífuga; queda ligado —a partir de entonces— al espacio exterior, el mundo del padre. La relación con la realidad y la acción es más amplia, facilitada, como decimos, por la separación temprana. La presencia inmediata del padre *real* entre el varón y la madre posibilita que se abra un "espacio", para la discriminación. Para permanecer distanciado de este ámbito carnal materno —y obediente a la ley paterna—, el niño está forzado, además, a utilizar muy precozmente mecanismos defensivos como la escisión, el repudio y otros afines, que le permitan "desconocer lo vivido" en la relación diádica fusional. *Creo que es esto lo que tiene futuros efectos decisivos en su relación con la mujer.* También podemos deducir su influencia —en una interacción inconsciente— en los factores que determinan lo que es "femenino" para el hombre y para la mujer.

Esta divergencia temprana incide significativamente en la niña y en el varón. En este antes, ¿habrá algo caracterizable respecto de la niña, algo como una ley materna, además de la ley paterna básica común a ambos, en el proceso preedípico, que conforme una particularidad en su aparato psíquico? Y si —como parece— no existe para la niña amenaza equiparable a la angustia de castración del varón, y ella permanece largamente en el circuito materno, ¿qué sucede en cambio? Y las modalidades de la identificación en la mujer, ¿no serán esencialmente distintas de las del varón? Nos encontramos ante un conjunto de efectos particulares de la evolución de la niña, que imponen marcas características en la personalidad femenina y en los destinos de mujer.

Muy precozmente se separaron los caminos del varón y la niña. El varón, complicado y urgido por la sexuación, debió apartar su cuerpo propio desgarrado, escindir y disociar también al objeto para poder repudiar lo vivido en su sexualidad arcaica y conservar su sexo masculino y, a la vez, *la posibilidad de acceso a la mujer, que arrastra consigo la evocación de la madre. Lo logra creando el fetiche, que tiene un carácter de mediador y soporte.* No se trata en esta situación del fetiche perverso, se trata de una producción propia de la sexualidad humana. *El varón crea ese fetiche, y la niña juega al señuelo.* Precisamente esa función es lo que le infunde el carácter de misterio a lo femenino; como vemos, ella es una velada evocación de aquel arcaico "algo" familiar. El deseo sexual infantil se fija a ese objeto-señuelo, por cuya acción se domina, además, la angustia primitiva, angustia catastrófica (Mom, 1981), horror sin nombre (Bion), angustia inconcebible (Winnicott), surgida en el corte amputador donde "ese algo" perdido queda como un resto desen-

cajado del ser mutilado. Tampoco encaja en ningún esquema referencial habitual. Pero debemos vérnosla —tanto en la teoría como en la clínica— con ese resto que es, quizá, la causa de “la cierta anormalidad” puntualizada por Joyce McDougall, y considerarla normal e inherente a la sexualidad humana.

Nuestra sexualidad se puso en movimiento precisamente por el desajuste inicial entre la necesidad y el deseo, a causa del corte. Es lo que produjo esos restos o “residuos” fetichizables, esa cierta anormalidad. Es el “algo” inasible, “fantasma” de lo perdido, lugar del deseo humano.

En la joven el destino de estos residuos fetichizados sufre un vuelco particular: pasan a constituir en “ella misma”, precisamente, el conjunto de indicios y emblemas que luego serán desplegados por la feminidad en el “juego del señuelo”. Accionan unos actos cuya ambigüedad se debe al carácter seductor y siniestro que rodea aquello que pretende evocar en el varón. La mujer, en su feminidad, se mimetiza como señuelo del deseo de aquel “algo” del éxtasis de la experiencia de satisfacción, en el cual ella —por otra parte— también vivió inicialmente. Promueve un goce estético referido a “la belleza”, a la vez que evita provocar desagrado, evitando la angustia. La renovación (el maquillaje, el ropaje, y todo lo que sirve a la función de demarcación) adquiere valor de señuelo y tiende a la sorpresa, que provoca y activa la necesaria excitación, curiosidad e impulso de posesión y dominio. Este logrará articular (por alguna de sus facetas) con el detalle o fetiche individual de cada hombre. El fetiche funciona como elemento de enlace o detonador de la fantasía inconsciente de “la escena primaria individual”, frente a la cual el erotismo fantaseó un argumento.

El fetiche del hombre o pertenece a un tipo que podemos llamar “detonador” o al tipo de fetiche perverso. El fetiche detonador es enlace que da paso al comportamiento sexual, mediatizando la fantasía sexual, y a la instintivización del campo de la relación; es decir, propicia el coito. El fetiche de tipo perverso —muy por el contrario— ocupa el centro de la escena imaginaria, y en la realidad impide la instintivización del campo, y coexiste con una personalidad de estructura perversa (Baranger y otros, 1980, p. 653).

El juego del señuelo evidencia también la articulación del polimorfismo sexual infantil, organizado en los juegos preliminares. El cuerpo de la mujer, por una parte, es identificado al cuerpo de la madre; allí es señuelo y llave del placer. Por otra parte, alude al vacío del objeto (familiar-prohibido). Y ésta es la otra función de la mujer: esconder ese vacío, que es cubierto por ella como mujer-señuelo. En esencia: la base es el signo materno. La voz, las miradas, el cuerpo femenino, ya investido de esa característica y misteriosa oscuridad, “invitan a la profanación”, a un juego con lo prohibido, a la transgresión

de la interdicción de aquel "incesto" arcaico. Su ejemplo paradigmático es el Marqués de Sade, en la patología.

La mujer se ve colocada en un difícil papel: privilegiado objeto del deseo, por un lado, y a la vez cobertura contra el retorno —repudiado— de una vivencia angustiante y prohibida. Debe evocar y borrar la primera experiencia de goce e impotencia y desgarrar, lo más siniestro de la experiencia humana.

El signo femenino

El signo femenino es, en esencia, signo materno; por eso es pregnantante de sus aspectos esenciales como lo puntualizó Freud en 1900 y en 1913 (p. 82): *"la madre, la amada que el hombre elige a imagen de aquella y finalmente la Madre Tierra, que nuevamente lo acoge en su seno."* Algo así como la bíblica unificación de "las tres caras de Eva" está en la base de la sexualidad adulta. Esta triple significación de la madre (generadora de vida, objeto de deseo y portadora de la muerte) es lo que contribuye a la esencia de "aquella presencia real", que Freud estudia en *Das Unheimlich* ("Lo ominoso" o "Lo siniestro"). Freud pone en evidencia que lo ominoso es equivalente a lo otrora doméstico y familiar, vuelto terrorífico; no alude aún a la pulsión de muerte allí presente, pero el concepto ya está casi listo y será formulado algo más tarde en su obra. El prefijo "Un-" indica *la marca de su represión ulterior, que padece en especial el varón, al que se le impone drásticamente enajenarse de todo lo familiar.*

Lo que se relaciona con la casa, el "calor de hogar", la "canción de cuna", el "sonido del cuerno", la "voz hospitalaria", algo de ese pecado de amor y amorio que debería permanecer oculto, que la decencia impone ocultar" . . . ; es lo que será tomado sobre sí por la joven, que en su identificación femenina y materna pasa a ser, desde entonces, el objeto de la ambivalencia del hombre: deseada y repudiada por su esencial origen materno. Esta es la marca de la sexuación en ambos.

¿Un orgasmo misterioso?

Debido a que el hombre para sexarse renunció al vínculo carnal arcaico perdió la relación directa con ese goce más allá del goce fálico. Ligado a la curva concreta de la tumescencia, y ajeno al goce femenino —que en esencia es equivalente de aquél—, el orgasmo fálico del hombre carga con la angustia de castración y la pérdida de dominio sobre su deseo.

Sólo puede ampliarse a través de la captación —por proyección—, del cuerpo gozante de la mujer (Granoff y Perrier, 1979, pp. 21, 24 y 28). Es esto lo que vuelve tan significativos los juegos eróticos preliminares,

y la participación imaginaria en los orgasmos y en la voluptuosidad femenina. "Este misterioso goce carnal" sin referencia a un órgano rector sigue siendo para el hombre la atracción erótica por excelencia. Debe ser éste el suplemento de goce de la mujer por el cual pregunta el psicoanálisis. Es en el goce femenino —como goce del cuerpo carnal— donde el hombre puede reencontrarse y evocar algo de su propio goce primitivo, mítico fantasma de completud sin corte, ilusión de unicidad y experiencia del límite.

La circunstancia de que el clítoris no esté sometido a la detumescencia, como sí lo está el pene, permitiría seguir promoviendo el placer femenino. El orgasmo de la mujer podría ser tan amplio como la disposición de ambos lo permita; su límite está en el cuerpo y en la angustia, angustia ante la castración y ante la pulsión de muerte. La constitución carnal de la mujer está disponible como para llegar a desarrollar sucesivas ondas de expansión de placer con el progreso del juego amoroso. Pero el cuerpo erógeno reposa, heterogéneo, sobre un cuerpo carnal real que sí tiene medida. Esa es la medida y el freno "real" del placer.

Esta visión fortalece nuestra convicción de la necesidad de revisión de la concepción teórica que, basada en el falo, hacía girar el encuentro de hombre y mujer en torno a su posesión o a su carencia. Teoría que daba pie para pensar en un denominador común para ambos sexos: uno que tiene pene y otro que no tiene pene. Teoría cuya influencia se hacía notar especialmente en la concepción de la relación sexual que surgía de ella: un encuentro carnal, el que, en un sentido estricto, es siempre insuficiente para lo que de él se espera. Por otra parte, producía innumerables trastornos en la clínica psicoanalítica. El análisis de mujeres tendía a estancarse en la búsqueda de la relación entre goce clitorídeo y orgasmo vaginal, como clave de la resolución de su sexualidad, y a menudo derivaba en una sexología estéril. En el análisis de hombres, tendía a dejar sin respuesta preguntas con respecto a la mujer, a su comportamiento enigmático en el placer —inasimilable al falo— y a la ubicación y comprensión más precisa del polimorfismo perverso y su función en la fantasía sexual del hombre.

El juego entre los sexos, magníficamente representado en la película de Luis Buñuel *Ese oscuro objeto del deseo*, no deja lugar a dudas. Gira en torno a la cualidad de atracción y horror del objeto. El comportamiento femenino toma (como metáfora) al señuelo, en función de promotor de la fantasía sexual. El parentesco que se vislumbra entre el objeto señuelo y aquel "algo" del objeto de amor perdido —lo que tuvo que ser reprimido de aquel primer corte "carnal"— se hace evidente: ambos participan de la misma cualidad de siniestra ambigüedad en que se mueven, tanto en cuanto a sus características, como con respecto a la distancia que guardan tanto con lo conocido —peligroso si se revela

demasiado lo Heimlich del "incesto" arcaico—, como con lo desconocido —la muerte, su complemento—.

El juego del señuelo, con su conformación ambigua característica, es una creación que indica el contrapunto entre la libido y la naturaleza dual de las pulsiones —de vida y de muerte— en acción desde el comienzo en la sexualidad humana.

El señuelo y la madre

El varón está ordenado por la vigencia de la ley paterna, limitado por una norma que lo homologa a todos los hombres, y dotado de un rasgo distintivo visible, eje de su sexualidad, el pene. *La mujer primeramente es deseable, es señuelo y —por definición— es la diversidad, lo imprevisible; otra diferencia esencial, actuante además, es su carácter "enigmático". Es proteus.*

La *procreación*, como culminación de un tiempo de la sexualidad de la mujer, circunscribe al mismo tiempo el cuerpo carnal y sus aberturas femeninas. La inscripción en el género madre —carácter que sí posee un denominador común: los hijos— le permite a la mujer habitar su cuerpo y aprehenderlo como un conjunto de reacciones cuya causalidad y significaciones ya pueden reconocerse como pertenecientes a leyes universales genéticas, las del engendramiento. La cloaca se disuelve, y se consuma el proceso de transmisión de las leyes de la sexuación. Participando en el proceso de procreación y crianza, y a través de la fase del espejo, como madre de sus hijos, ha quedado incluida en una configuración de relaciones simbólicas, que dan paso a una formalización de la realidad (pasaje de lo individual a lo universal). Se libera de la presión que le representó "vivir encarnada" casi exclusivamente en lo individual carnal (por su función de señuelo sexual y en la maternidad).

La mujer queda ligada por este medio a la ley genérica. Se desplaza el soporte especular que primero caracterizó la relación madre-hija y sus derivados; en el momento de la maternidad —o de realizaciones verdaderamente equivalentes— la mujer recibe el reconocimiento del campo familiar y social al que pertenece, y el hijo adquiere valor de factor resolutivo en el desarrollo de su identificación femenina, otorgándole a través de este consenso un sostén legal para una identidad suficiente. **Este es el segundo tiempo de la sexualidad de la mujer.**

La ideologización de lo femenino

Ha sido un prejuicio muy arraigado en el psicoanálisis considerar —con Freud— oscuro y complicado el desarrollo psicosexual de la niña; esto ideologizó lo femenino en el psicoanálisis.

Es posible deducir de lo que he expuesto algunos de los factores actuantes en la génesis de este prejuicio. El destino del varón en la sexuación lo lleva a luchar —desde un principio— por evadirse de la tentación de retorno a su antigua fusión con la imago materna, dueña del primitivo poder, la madre fálica, la gran madre nutricia. Atrapado por estas exigencias tempranas que le impone su sexuación y por la trama edípica, pierde acceso a su cuerpo carnal primitivo, el cuerpo que estuvo involucrado, durante a fusión, en la "experiencia de satisfacción". Podemos pensar que este destino de su sexualidad arcaica es un hecho, como dice Freud en el párrafo ya citado de *Moisés y el mono-teísmo*, "grávido en consecuencias", por la drástica "pérdida" carnal que implica y por sus efectos ulteriores. *A cambio de conservar su cuerpo con pene —eje del reconocimiento paterno y base de su identidad masculina—, se quita una parte de sí, a la que sólo puede volverse —tardamente— por el amor con una mujer.*

Desde este punto de vista adquieren otro sentido el dilema del amor entre los sexos y el, así llamado por Freud, "enigma de la mujer". El hombre busca en ella, con deseo y horror, lo que debió apartar de sí muy precozmente. La angustia ante la ausencia del objeto, lo más siniestro, lo lleva a escapar de los procesos integrativos. En su lugar usa los mecanismos de escisión y repudio, junto a la degradación, y engendra "varios tipos de mujeres". Manteniendo la escisión y *alejando de sí una de las caras de la madre primitiva (la siniestra, la de la realidad de la vida y de la muerte) busca conservar sólo la amante.* La angustia de finitud y la carencia de certezas que la integración y la aceptación de la autonomía traen consigo los une en cierta complicidad: ambos tienden a favorecer o aceptar los efectos de la disociación, a través de la atribución de roles y privilegios. Las dificultades técnicas que presenta en la labor clínica la desarticulación de esta modalidad defensiva, inculcada en el juego de poder y de "preeminencia masculina", evidencian su origen en algún daño grave, que pareciera irreparable, del cual el hombre —latentemente— acusa a la mujer, que "admite culpas".

Por eso, no es sólo del hombre de quien puede venir el levantamiento de la repulsa (ya que el repudio de lo carnal parece ser fundante de su psicosexualidad masculina). De él se puede esperar: una absolución de las madres —que se guardaron entre ellas el ejercicio del poder y de la sensualidad y la carnalidad—, una gradual integración de su erogenidad arcaica y edípica, y la renuncia al repliegue tanático del narcisismo "fálico" reactivo. El conocimiento recíproco de la diversidad psíquica y sexual de hombres y mujeres contribuiría a la conscientización de los contenidos persecutorios involucrados en el prejuicio ante la mujer, y daría su lugar al cuerpo carnal, aun si junto con él reapareciera la angustia de los límites. Quizás esto sea más difícil para el hombre, ya que la mujer —tan cercana a la carne—

también se acostumbró a ocuparse de la muerte y de los muertos. La fuerza que adquiere en nuestro psiquismo la necesidad humana de certezas por la angustia básica ante la muerte puede haber influido en la formación de un baluarte, a partir de un núcleo ideológico respecto de los sexos. Este aportaría las "creencias", que adquieren entonces el valor de "objetos idealizados", con función de protectores omnipotentes.

¿La "falomanía" de la mujer habrá influido sobre Freud, al punto de encaminar el pensamiento del fundador del psicoanálisis, desde su comienzo cuando —acribillado en la transferencia por la locura femenina que manifiesta la histérica, en su deseo insaciable hacia el padre mítico— se tentó tal vez de tomarse por tal? Una suma de factores termina por engendrar en él el prejuicio de oscuridad y complejidad, respecto de la psicología de la mujer, y la idea que lo lleva hacia la teoría del falocentrismo, con la cual se oculta además la timidez ante el sexo, y se pacifica la turbulenta apetencia sexual, que se le puede atribuir a las mujeres. Freud "las aleja ideológicamente" para evitar la tentación; para que no devoren, en la relación prohibida, la relación de dos.

Pero el riesgo ha sido la muerte del deseo, y la trivialización de la vida amorosa a través de las apariencias, peligro del cual Freud mismo se percató en numerosos momentos de su obra. Queda en pie una prohibición y una exigencia en la enseñanza freudiana: prohibición del repliegue narcisista autoerótico y exigencia de dar y recibir (Laplanche, 1969/70, p. 164). Freud advertía que es necesario ser egoísta para vivir, pero es necesario amar para no enfermar.

Carecemos aún del estatuto metapsicológico del amor. Lo prohibido del incesto es prohibición de la relación primitiva y a la vez promueve el desear. *La que garantiza esa oscilación de lo prohibido, la que sostiene el desear, es la mujer.* La potencialidad del señuelo se basa en la deseabilidad del pecho materno. Ella deberá accionar el juego sexual como señuelo erótico y antitanático. La siguiente cita de Freud viene en nuestra ayuda y nos invita a reflexionar al respecto:

"... el hombre se siente limitado en su quehacer sexual por el respeto a la mujer, y sólo desarrolla su potencia plena cuando está frente a un objeto sexual degradado, lo que de nuevo tiene por fundamento, entre otros, la circunstancia de que en sus metas sexuales entran componentes perversos que no osa satisfacer en la mujer respetada [...] Suena poco alentador y, por añadidura, paradójico, pero es preciso decir que *quien haya de ser realmente libre, y, de ese modo, también feliz en su vida amorosa, tiene que haber superado el respeto a la mujer y admitido la representación del incesto con su madre o hermana...*" * (1912, p. 179).

* Las bastardillas son mías.

Resumen

La siguiente cita de Freud es una formulación que sustenta y conduce el desarrollo de este trabajo: "...quien haya de ser realmente libre y de ese modo, también feliz en su vida amorosa, tiene que haber superado el respeto a la mujer y admitido la representación del incesto por su madre o hermana..." (1912).

Según la autora, la mujer no sería "la víctima" de este encuentro imaginario; por el contrario, funcionaría como "señuelo" activador. Este es un concepto clave en el presente trabajo teórico.

El "señuelo" alude al deseo y el deseo al *objeto a* (Lacan). El deseo difiere de la necesidad, ya que ésta demanda objetos reales y acciones específicas, mientras que para aquél —el deseo— tanto da el "caviar" como el "salmón ahumado" (según el ejemplo de Freud). El "caviar", el "salmón ahumado", el "brillo en la nariz" (el "*Glanz auf der Nase*") son representantes (por definición, siempre fallidos) de ese "algo", del objeto perdido-evocado.

El *objeto a* "se desliza" a través de estos "fetiches normales" de la sexualidad humana; solo se torna perversión cuando se fija en alguno de ellos.

La función de "señuelo" define a la mujer; además de una doble identificación característica para cada sexo. Si bien esta visión no se corresponde en su totalidad con el concepto freudiano de bisexualidad, esto no implica en absoluto que el cuerpo no se encuentre involucrado. Sí lo está. Pero la autora intenta evitar que la hipótesis de la experiencia traumática implícita en el reconocimiento de la "distinción anatómica" oscurezca nuestra comprensión de las "diferencias psíquicas" entre los sexos. Se impone reconocer otra falta, no cuantitativa —tener o no tener el falo— sino radical: la alteridad del primitivo objeto amado. Los dos modelos, femenino y masculino, de reacción ante este descubrimiento son tema clave del presente trabajo. Se trata del proceso de sexuación; el psicoanálisis investiga en la psicosexualidad, es decir, en la relación compleja y muy precoz —y llamativamente diferente en cada sexo— entre el *infans* y su madre.

La autora describe la situación —para ambos sexos— durante el estadio del espejo, momento en que los datos propioceptivos, previamente dispersos e incoordinados, se unifican en una imagen de sí. La identidad, incluso la identidad sexual nuclear —según la autora—, le es asignada al *infans* desde el afuera —su madre—, de la misma manera en que recibe su nombre y las expectativas que los otros depositan en él.

Para ello, el varón es separado no sólo del cuerpo de la madre muy tempranamente, sino también de su proximidad. Por el contrario, la niña es retenida por la madre (Freud admitía la importancia de la fase preedípica en la mujer), y más tarde adquiere la cualidad de deseable del primitivo objeto amado, el pecho nutricional. A la niña no le está permitido inicialmente relativizar el poder de la madre por medio de una catexis hostil. Solo podrá hacerlo cuando ella misma funcione como madre, es decir, al acceder por este camino o sus equivalentes a las leyes universales.

Antes y después, en la función señuelo de su feminidad, deberá evocar y borrar la repudiada primera experiencia de: goce-impotencia-desgarro, cuna del *infans* humano.

Résumé

LE "CONTINENT NOIR" ET SES ÉNIGMES

Le passage suivant de Freud soutient et conduit le développement de ce travail: "... seulement sera réellement, libre, et, donc, heureux aussi dans sa vie amoureuse, qui aura surmoté la respect envers la femme et admis la représentation de l'inceste avec sa mère ou sa sœur..." (1912). Mais la femme, d'après l'auteur ne serait pas "la victime" de cette rencontre imaginaire; par contre, elle a la fonction de "leurre" actif. Pour ce travail théorique, cette notion de leurre est fondamentale.

Le "leurre" est en rapport avec le désir, et le désir avec l'objet *petit a* (Lacan). Le désir ce n'est pas le besoin, puisque le besoin exige des objets réels et des actions spécifiques, et que pour le désir par contre, il est indifférent que ce soit, du "caviar" ou du "saumon fumé" (nous avons repris ici l'exemple de Freud). Le "caviar", le "saumon fumé", le "brillant du nez" (le "*Glanz auf der Nase*") sont des représentations (par définition toujours manquées), de ce "quelque chose", de l'objet perdu-évoqué.

Cet objet *petit a* "se déplace" à travers ces "fétiches normaux" de la sexualité humaine; et ce n'est que lorsqu'il s'installe à jamais dans l'un d'eux, que le fétiche se transforme en perversion.

La fonction de "leurre" définit la femme; en plus d'une double identification caractéristique pour chaque sexe. Quoique cette notion ne correspond pas totalement à la notion de bisexualité de Freud, ceci n'implique pourtant pas que le corps ne soit pas en jeu. Il l'est. Mais l'auteur essaye d'éviter que l'hypothèse de l'expérience traumatique implicite dans la reconnaissance de la "différence anatomique" puisse continuer à obscurcir notre possibilité de comprendre les "différences psychiques" entre les sexes. Il est indispensable de reconnaître une autre lacune, lacune qui est radicale et non pas quantitative —posséder ou ne pas posséder le phallus—: l'altérité de l'objet primitif aimé. Les deux genres de réaction —féminin et masculin—, face à cette découverte, ont une importance fondamentale dans ce travail. Il s'agit du processus de sexualité; la psychanalyse est intéressée par la psychosexualité, c'est-à-dire par la relation à la fois complexe et très précoce —et en même temps très différente pour chaque sexe entre l'enfant et sa mère.

L'auteur décrit la situation —commune aux deux sexes—, pendant la phase du miroir, alors que les données proprioceptives jusqu'alors éparpillées et incoordonnées s'unifient en une image de soi. L'identité et même l'identité sexuelle nucléaire —aux dires de l'auteur—, est assignée à l'enfant de l'extérieur —sa mère, de la même façon que le nom qu'il porte et tout ce que les autres attendent de lui.

Dans ce contexte, le petit garçon est séparé très précocement non seulement du corps de sa mère, mais aussi de sa proximité. Par contre, la petite fille est retenue par la mère (Freud a admis l'importance de la phase préœdipienne chez la femme), et elle acquiert plus tard la désirabilité de l'objet primitivement aimé, le sein nourricier. La petite fille, au départ, ne peut aucunement relativiser —par l'intermédiaire d'un investissement hostile—, le pouvoir de la mère. Elle ne pourra le faire que lorsqu'elle même aura le rang de mère, c'est-à-dire, lorsqu'elle aura accédé aux lois universelles par ce chemin ou par des chemins équivalents.

Avant et après, dans la fonction leurre de sa féminité, elle devra évoquer et effacer la première expérience reculée de jouissance-impuissance-déchirement, qui est le berceau de l'enfant humain.

Summary

THE "DARK CONTINENT" AND ITS ENIGMAS

The following quotation from Freud supports and leads the development of this paper: "... anyone who is to be really free and happy in love must have surmounted his respect for women and have terms with the idea of incest with his mother or sister." In the author's view, the female would not precisely be "victim" of this imaginary encounter; on the contrary she would function as promoting "lure". This is a key concept in the present theoretic paper.

The lure alludes to desire, and desire to the *objet petit a* (Lacan). Desires differs from need in that the latter demands real objects and specific action, whereas for the former both "caviare" and "smoked salmon" (to quote Freud's example) mean the same. The "caviare", the "smoked salmon", the "shine on the nose" (*the Glanz auf der Nase*) are (though always unsuccessful by definition) representatives of that "something", the lost and evoked object.

The *objet petit a* "runs through" these "normal fetishes" of human sexuality, and it is only when it settles in one of these that it becomes perversion.

The function of "lure" defines the female, in addition to a double identification characteristic for each sex. Though this view does not completely correspond with the Freudian concept of bisexuality, this by no means implies that the body is not involved. It is involved, but the author attempts to prevent the hypothesis of the traumatic experience implicit in the acknowledgement of the "anatomical distinction" from obscuring our understanding of the "psychical distinction" between the sexes. A lack must be recognized, not quantitative —to have or not to have phallus— but radical: the otherness of the primitive love object. Both the feminine and masculine models of reaction to this discovery constitute the key subject in this paper; that is, the sexualization process. Psychoanalysis inquires into psychosexuality, namely, in the complex and quite precocious relationship (strikingly different for each sex) between the *infans* and his mother.

The author describes the situation for both sexes during the mirror stage, when previously disperse and incoordinate proprioceptive data are unified in a self-image. Identity, even nuclear sexual identity in the author's view, is assigned to the *infans* from outside (his mother), just as he receives his name and the expectation "the others" place in him.

The little boy is not only separated from his mother's body very early, but also from closeness with her: whereas the little girl is held in by her mother (Freud acknowledged the relevance of her pre-Oedipal phase) and later acquires the desirability of the primitive love object that is, the nurturing breast. Initially, the little girl cannot relativize the mother's power by means of a hostile cathexis. She will only be able to do so when she herself functions as mother, namely, when she has acceded to universal laws - in this or in an equivalent way. Before them, she must evoke and erase the first repudiated experience of *jouissance*-impotence-laceration.

Bibliografía

- Aberastury, A. (1970), "La importancia de la organización genital en la iniciación del complejo de Edipo temprano". *Rev. de psicoanálisis*, XXVII, 1, 1970.
- Baranger, M. y W., y otros (1964), "Mecanismos hipocondríacos normales", *Rev. Uruguaya de Psicoanál.*, 6, pp. 5-18.

- Baranger, W. y otros (1980), "Acerca de la estructura perversa" (con comentarios de H. Bianchi Vilelli, de J. Pantolini y de R. Piedimonte), *Rev. de psicoanálisis*, XXXVII, 4.
- Blum, H. ed. (1977), *Female Psychology*, IUP, Nueva York.
- Bolk, L. (1926), "Das Problem de Menschwerdung". Traducción francesa: *Arguments*, 18, pp. 3-13.
- Clément, C., *Vidas y leyendas de Jacques Lacan*, Anagrama, Barcelona, 1981.
- Chassequet-Smirgel, J. (1975), Participación en el coloquio "Freud y la sexualidad femenina", del 29º Congreso Psicoanalítico Internacional, Londres. Publicada en *IJPA*, 57, pp. 275-87.
- Freud, S. (1900), "La interpretación de los sueños". A.E., 4/5 [S.R. 6/7; B.N., 1].
- (1912), "Sobre una degradación general de la vida erótica". A.E., 11 [S.R., 13; B.N., 1].
- (1913), "El tema de los tres cofres". S.R., 18 [A.E., 12; B.N., 2].
- (1919), "Lo siniestro". S.R., 18 [A.E., 17; B.N. (1978), 3].
- (1924), "El problema económico del masoquismo". S.R., 13 [A.E., 21; B.N., 2].
- (1933), "Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis". Conferencia 33ª: 'La feminidad'. A.E., 22 [S.R., 17; B.N., 2].
- (1937), "Análisis terminable e interminable". S.R., 21 [A.E., 23; B.N., 3].
- (1939), "Moisés y el monoteísmo". A.E., 23 [S.R., 20; B.N., 3].
- Galenson, E., y Roiphe, H., "Some Suggested Revisions concerning Early Female Development", en *Female Psychology*, edición citada.
- Granoff W., y Perrier, F. (1979), "Placer y goce". En *El problema de la perversión en la mujer*, Crítica, Barcelona, 1980.
- Greenacre, Ph. (1953), *Trauma, desarrollo y personalidad*, Hormé, Buenos Aires, 1960.
- Grunberger, B. (1964), "Jalones para el estudio del narcisismo en la sexualidad femenina". En J. Chassequet-Smirgel y otros, *La sexualidad femenina*, Laia, Barcelona, 1977.
- Klein, M. (1932), *El psicoanálisis de niños*. El Ateneo, Buenos Aires, 1948.
- Lacan, J. (1936), Comunicación al 14º Congreso Psicoanalítico Internacional, Marienbad, Checoslovaquia.
- (1949), "Le stade du miroir comme formateur de la fonction du Je, tell qu'elle nous est révellée dans l'expérience psychanalytique", *Revue Française de Psychanalyse*, 13, 1949. [Traducción castellana en *Lectura estructuralista de Freud*, Siglo XXI, México, 1971, libro posteriormente traducido con otro título: *Escritos...*]
- (1962-3), Seminarios sobre "La angustia", de los días 9, 16 y 23 de enero de 1963, del 15 y el 22 de mayo de 1963, y del 25 de junio de 1963. Publicados en mimeógrafo por la Escuela Freudiana de Buenos Aires.
- Laplanche, J. (1969-70), *La sexualidad*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1980.
- Levi-Strauss, C. (1958), *Anthropologie Structurale*, Plon, Paris, ..., tomo III. [*Antropología estructural*, Eudeba, Buenos Aires, ...]
- McDougall, J. (1978), *Alegato por cierta anormalidad*, Petrel, Barcelona, 1982.
- Mom, J. (1981), "Angustia y falta-de-angustia en las fobias". Trabajo presentado en el 32º Congreso Psicoanalítico Internacional, Helsinki, Finlandia.
- Stoller, R., "Primary Femininity", en *Female Psychology*, edición citada.
- Wallon, H. (1931), "Comment se développe chez l'enfant la notion du corps propre". *Journal de Psychologie*, 1931, pp. 705-48.
- Zak de Goldstein, R. (1973), "Los cuentos de hadas. Mitos estructurantes en nuestra cultura". *Rev. de psicoanálisis*, XXX, 3-4.